





S A

K U

R A

A



S A
MATILDE
K U
ASENSI
R A

Asensi, Matilde

Sakura / Matilde Asensi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2019.

416 p. ; 16 x 24 cm.

ISBN 978-950-02-1002-7

1. Novela. 2. Novelas de Aventuras. I. Título.
CDD 863

Sakura

© Matilde Asensi, 2019

© La Esfera de los Libros, S.L., 2019

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina, el Caribe y
EE. UU.

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2019

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

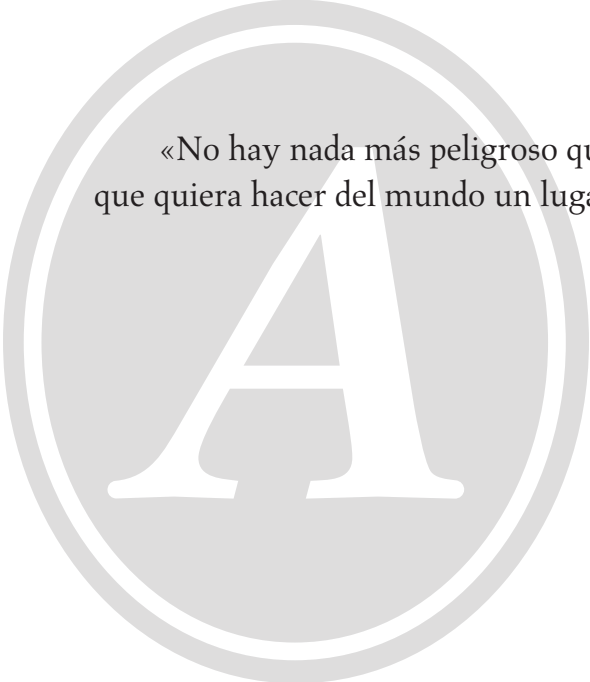
1ª edición: mayo de 2019

ISBN 978-950-02-1002-7

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en mayo de 2019.



«No hay nada más peligroso que alguien
que quiera hacer del mundo un lugar mejor».

BANKSY



La venganza de un hombre muerto

Llegué al 14 de la *rue* Clauzel de París con una desagradable sensación de inseguridad y con muchas ganas de darme la vuelta y de salir corriendo. Aquella historia era demasiado rara para mí. Afortunadamente, me sentí un poco mejor cuando vi que el lugar de la reunión parecía ser una galería de arte, con una vidriera sobre la que podía verse un rótulo amarillo que decía «Père Tanguy». Toda la fachada era de un apagado color verde irlandés que se confundía fácilmente con azul según cómo le diera la luz del brillante y caluroso sol de aquella mañana de agosto. Dentro, las paredes estaban llenas de cuadros y no había ni un alma. Entré y vi un cartel con una flecha que señalaba una puerta al fondo del local. Me acerqué, aún más preocupado y con más ganas de marcharme que antes, y vi un papel pegado en la puerta que confirmaba que el encuentro al que me habían citado aquel día a aquella hora iba a celebrarse allí. Abrí con un falso gesto decidido y entré.

Era una habitación de tamaño medio y alguien había puesto unas cuantas sillas plegables de madera formando un círculo. Parecía un almacén reconvertido en el lugar de reu-

nión de una secta. Algunas personas ya estaban sentadas en las sillas y me miraron con curiosidad. Hice un gesto de saludo con la cabeza y tomé asiento, dejando un espacio vacío entre los demás y yo. Había una mujer, pero estaba hablando en voz muy baja por el móvil y se tapaba la boca con la mano para que no la oyéramos. La sensación de inseguridad se me agudizó. Aquello daba muy mal rollo.

La puerta de la habitación volvió a abrirse y, para mi sorpresa, entraron dos japoneses muy sonrientes. Uno era bastante más grande que el otro, tan enorme como un luchador de sumo, y llevaba una insignia plateada en la camisa. Cuando pasó junto a mí pude leer en la chapa que era el gerente de aquel lugar. El otro, un pequeño y flaco japonés de mediana edad, avanzó hasta colocarse delante de la pantalla plana que colgaba de la pared y nos hizo una elegante reverencia a todos los presentes. El enorme gerente, con un marcado acento francés, nos anunció:

—Les presento al señor Ichiro Koga. Su anfitrión y patrocinador.

Aún no tenía muy claro qué patrocinaba exactamente el señor Koga, pero si aquel hombre de pelo corto y lacio iba a pagarme lo que habíamos firmado en el contrato, por mí podía pedirme que saltara al agua desde un acantilado con los ojos vendados. Estaba más que dispuesto a escucharle a cambio del sustancial adelanto que había sido ingresado ya en mi cuenta bancaria y de la enorme cantidad de pasta que me había prometido. Supuse que los demás estaban allí por la misma razón. Eran dos hombres y una mujer. De los hombres, uno era pelirrojo y grueso, de veintipocos años, y el otro, algo más mayor, era un mulato de brillantes ojos azules. La mujer,

que aparentaba estar cerca de los treinta, era de ojos rasgados, morena y no demasiado alta. Todos parecían tan cohibidos como yo.

—*Ohayō gozaimasu** —nos saludó el señor Koga inclinando la cabeza—. Gracias por venir hasta París y por acudir a esta reunión en la galería Boutique du Père Tanguy.

Sí, en París, en agosto, con un calor infernal incluso a aquellas tempranas horas de la mañana, pero todo gratis, con todos los gastos pagados. ¿Cómo no iba a estar allí? ¿Es que, acaso, había otra manera mejor de disfrutar del único mes anual de vacaciones?

—Todavía falta alguien por llegar —declaró Koga, moviéndose con soltura frente a nosotros. Parecía acostumbrado a hablar en público y desprendía una gran fuerza pese a su pequeña talla—. Por desgracia, no podemos esperar más. Ante todo, permitidme realizar las presentaciones adecuadas, ya que ninguno de vosotros conoce a los demás.

El pequeño almacén, sin ventanas e iluminado con una fría luz de neón, no daba para mucho, así que las sillas plegables que ocupábamos estaban pegadas unas a otras. El señor Koga extendió la mano hacia la única mujer presente, la morena bajita, que se encogió sobre sí misma y esbozó una sonrisa apocada.

—Odette Blondeau, de Marsella. Gracias por unirme a nosotros, Odette.

Nueva reverencia, esta vez solo para la pobre Odette, que se había puesto completamente roja y nos miraba con

* «Buenos días».

ojos asustados. Koga se giró de manera imperceptible hacia el hombre grueso y pelirrojo que estaba sentado a su lado y que se irguió en la silla haciéndola crujir bajo su enorme peso. Llevaba barba y bigote y tenía un aspecto deplorable, vestido con una sudadera vieja, unos vaqueros manchados y una estropeada gorra de béisbol.

—John Morris, de Warren, Michigan, Estados Unidos. Gracias por venir desde tan lejos, John.

El americano hizo un brusco gesto de indiferencia con la mano. A continuación, después de la reverencia de rigor, me tocaba a mí. Todos los ojos, incluidos los dos pares orientales, me apuntaron. Me empujé las gafas hacia arriba con tanta fuerza que casi me las clavé en el entrecejo. Aquello era la reunión de una secta y yo quería largarme de allí.

—Hubert Kools, de Ámsterdam, Holanda. Gracias por estar hoy aquí, Hubert. Tu experiencia nos será de mucha ayuda.

¿Mi experiencia?, me pregunté, sorprendido. Yo sólo era el dueño de una galería de arte muy parecida a aquella en la que nos encontrábamos. ¿Qué experiencia tenía yo, según Koga? Bueno, mientras pagaran lo prometido no habría ningún problema. Mi galería, Kools Kunstgalerie, estaba a punto de quebrar, las deudas me ahogaban y no faltaba mucho para que perdiera hasta la casa, de modo que aquella propuesta de Ichiro Koga a través de la empresa de materiales artísticos, Kamidana, con la que trabajaba desde hacía algunos años, era la única oportunidad que tenía de salir a flote e incluso de nadar con cierta elegancia hacia el futuro.

—Oliver Roos, de Liverpool, Inglaterra. Gracias por venir, Oliver.

El tal Oliver era algo extraordinario. De madre o padre de raza negra, tenía los ojos más azules que yo había visto en mi vida. Llevaba la cabeza rapada y era guapo como un modelo de pasarela, y también igual de bien vestido. Podría haberse hecho pasar por alguien de raza blanca —un poco tostado por el sol— si su ancha nariz y sus gruesos labios no resultaran tan obvios. Aquel inglés de casi dos metros no podía tener más de veinticinco o veintiséis años y, aunque su ropa no parecía especialmente cara, el tipo sabía llevarla como una percha. Yo también era alto y aún me conservaba bastante atlético, pero ya había cumplido los treinta y tres y alguna cana que otra había hecho acto de presencia no solo en mi cabeza, sino también en mi bigote y en mi perilla. Pero tenía la gran suerte de que, siendo mi pelo de color castaño claro, no se notaba nada.

De repente, alguien abrió otra vez la puerta y una cabeza muy rubia se asomó mirando a todos lados.

—¡Por fin! —exclamó Koga con una sonrisa—. *Konni-chiwa*, Gabriella. Pasa. Os presento a Gabriella Amato, de Milán. Ahora ya estamos todos. Gracias por venir, Gabriella.

Antes de que me diera tiempo a pensar en lo curioso que resultaba el hecho de que cada uno de nosotros tuviera un lugar de origen tan diferente, la imagen de la tal Gabriella, que entró en la habitación y se sentó junto a Oliver con satisfecha indiferencia, me dejó sin aliento. Era impresionante: alta, delgada, con el pelo rubio muy claro, casi dorado, y la piel maravillosamente bronceada por el sol. Tenía los ojos verdes y el óvalo de su cara era simplemente perfecto. Estaría sobre los treinta, me dije, año arriba año abajo. Hubiera querido tener lápiz y papel para dibujarla aunque el dibujo nun-

ca había sido mi fuerte. Vestía una blusa sin mangas del mismo color que sus ojos, pantalones claros ceñidos y sandalias de tacón. Unos largos y finos pendientes le rozaban los hombros. Aunque llevaba el pelo rubio recogido, la luz blanca del neón hacía brillar una especie de halo alrededor de su cabeza formado por un puñado de finos cabellos que se escapaban del elegante peinado. No podía apartar los ojos de ella y creo que los demás tampoco.

—Por favor, poned vuestros móviles en silencio o apagadlos, como preferáis —dijo Koga, cogiendo un mando a distancia que le entregó el gerente de la galería—. Lamentablemente, me siento obligado a recordaros que todos habéis firmado y aceptado una cláusula de confidencialidad y un uso limitado de vuestros teléfonos móviles durante la ejecución de este trabajo. No podéis tomar fotografías ni publicar en internet ningún tipo de imagen o información sobre lo que vamos a hacer, ¿de acuerdo? Y bien, ahora que ya estamos todos, podemos empezar la reunión.

Las luces se apagaron, dejando la sala iluminada solo con unos pequeños puntos de luz a ras del suelo, y en el monitor que colgaba de la pared se vio una de las últimas pinturas realizadas por Vincent Van Gogh antes de morir, el famoso *Retrato del doctor Gachet*, el médico que, por recomendación de Camille Pissarro, trataba su enfermedad de melancolía en Auvers-sur-Oise, un pequeño pueblecito al norte de París, a menos de una hora de tren en aquella época. Cuando Vincent conoció al doctor Gachet, le escribió una carta a su hermano en la que le decía que el médico tenía serios problemas nerviosos y que estaba, al menos, tan enfermo como él mismo.

—¿Reconocéis la obra? —nos preguntó Koga.

—No —soltó abruptamente Morris, el americano. Los demás asentimos en silencio.

—No te preocupes, John —dijo Koga con amabilidad—. No es una de las pinturas más conocidas de Van Gogh. Todo el mundo ha visto o ha oído hablar de los cuadros de girasoles o de las famosas noches estrelladas pero poca gente sabe que esta obra existió, debido, sobre todo, a que desapareció misteriosamente en 1996 y no ha vuelto a saberse nada de ella. Y, por si faltara algo, las circunstancias que rodearon su desaparición fueron tan desagradables para tanta gente que existe una especie de pacto de silencio tanto en el mundo del arte como en el mundo político.

Ahí me había pillado. No tenía ni idea de que el cuadro hubiera desaparecido. De hecho, creía que estaba en el museo d'Orsay, allí, en París. Van Gogh, por supuesto, era uno de mis pintores favoritos y no solo porque fuera mi paisano, que también, sino porque realmente fue un gran pintor. Además, era uno de los pocos en el mundo con museo propio y ese museo estaba en mi país y en mi ciudad, Ámsterdam. Van Gogh era, efectivamente, mi compatriota, el orgullo nacional de los Países Bajos y por todo eso y por haber estudiado Bellas Artes había terminado conociéndole mejor que a mi propia familia. Si le añades que, además, el padre de Vincent, Theodorus Van Gogh, fue durante algunos años, a finales del siglo XIX, el pastor de la pequeña capilla de mi pueblo, Nuenen, el pueblo donde nací y crecí, pues ya tienes todo lo necesario para una gran pasión por la obra de Van Gogh durante toda tu vida.

—De hecho —continuó contándole Koga a John—, si buscas en Wikipedia, descubrirás que el *Retrato del doctor Gachet* no desapareció en 1996 como yo os he dicho, sino que

fue comprado en torno a 1997 por un inversor australiano o austriaco (la versión varía) que, debido a problemas financieros, tuvo que venderlo años después a personas desconocidas. Todo esto es falso, por supuesto. El cuadro no se ha vuelto a ver desde 1990, cuando lo adquirió en una subasta de Christie's en Nueva York el multimillonario japonés y magnate de los productos papeleros Ryoei Saito por la cantidad más grande jamás pagada hasta entonces por una pintura. Nada más y nada menos que 82,5 millones de dólares. Saito lo poseyó hasta su muerte, en 1996, cuando el cuadro desapareció para siempre.

La historia que estaba contando Ichiro Koga sobre el *Retrato del doctor Gachet* debía de ser importante y, desde luego, la razón por la cual nos encontrábamos todos allí. Desde la pantalla, el rostro profundamente triste y de color naranja brillante del doctor Gachet, que descansaba sobre su puño derecho, nos contemplaba con indiferencia, absorto en su propia y eterna melancolía. Su pelo también era de un color naranja intenso y el grueso chaquetón que vestía, bordeado y sombreado con negro, era de un hermoso azul cobalto con tres botones de color verde lima. El cielo tras su cabeza era también verde lima en distintos tonos y sobre la mesa en la que se apoyaba, cubierta por un mantel furiosamente rojo, había dos libros amarillos y un vaso con una planta de grandes hojas verdes. En fin, un Van Gogh puro, con unos colores deslumbrantes. Vincent había sido, sin duda, el mejor colorista de todos los tiempos.

John Morris se removía inquieto en su silla. El pobre era el único que parecía carecer de una mínima cultura que le permitiera apreciar lo que estaba viendo y oyendo. El señor Koga

se daba cuenta y por eso le había estado hablando directamente a él, con paciencia y tranquilidad, como si hablara con un niño. Pero, de pronto, Koga levantó los ojos y nos miró a todos, uno por uno, fijamente.

—Vamos a enfrentarnos a la venganza de un hombre muerto —nos informó—. Para eso habéis sido contratados. Cada uno de vosotros posee una habilidad especial que le hace imprescindible. Ninguno está aquí de sobra ni de más. Antes o después, vuestros conocimientos, destrezas o experiencia nos serán muy necesarios. El señor Ryoei Saito no era un cualquiera. Llegó a tener un poder inmenso en Japón pero nunca dejó de ser un rudo e impetuoso empresario provinciano, un hombre extravagante e independiente. Hoy en día, en Japón, se le considera el ejemplo más desagradable de la corrupción económica que sufrió nuestro país en los años ochenta y noventa del siglo pasado y, sin embargo, nadie puede negar que Saito fue un profundo amante del arte, un hombre inconformista, original, sumamente excéntrico y, por encima de todo, vengativo. Muy vengativo. Y es a él, a Ryoei Saito en persona a quien nos vamos a enfrentar.

—Pero, señor Koga... —balbuceó con timidez la menueta Odette Blondeau, sin saber cómo dirigirse a nuestro anfitrión—. Creía que había dicho que murió en 1996.

El *Retrato del doctor Gachet* desapareció de la pantalla con un gesto de la mano del señor Koga y apareció en su lugar la fotografía de un robusto hombre japonés de edad avanzada, vestido con un traje negro de tres piezas, el pelo canoso peinado totalmente hacia atrás y un rostro cuadrado y sonriente.

—Sí, en efecto, murió en 1996 —asintió Koga—. Pero, por favor, llamadme Ichiro. Solo soy uno más del equipo.

Tomó aire profundamente y se volvió para mirar con atención la fotografía del orgulloso y satisfecho Ryoei Saito.

—Tras la subasta de Christie's en Nueva York en 1990, el señor Saito se llevó el cuadro de Van Gogh a Japón. La intención que tenía, según declaró a la prensa mundial, era conservarlo unos años en su poder, por puro amor a la pintura con la que decía sentirse muy identificado y, más tarde, donarlo a un museo japonés para que todo el mundo pudiera disfrutarlo.

Ichiro sonrió ampliamente y nos miró con ojos chispeantes.

—Por si no lo sabéis, Japón adora a los impresionistas y, por encima de todos los impresionistas, adora a Vincent Van Gogh. El impresionismo está profundamente influenciado por el arte del grabado japonés conocido como *ukiyo-e*, que hacía furor a mediados del siglo XIX por toda Europa con láminas y xilografías abundantes y baratas. Vincent Van Gogh fue el que más dibujos japoneses copió, hasta el punto de que toda su obra, desde su llegada a París en 1886 para vivir con su hermano Theo, reproduce, total o parcialmente, grabados japoneses. Y por eso los japoneses adoramos a Van Gogh. Ryoei Saito no era diferente al resto de nosotros y cuando pudo adquirir el *Retrato del doctor Gachet* no lo dudó ni un momento. Quería que el cuadro estuviera expuesto en algún museo de Japón, como una muestra de orgullo y poderío nacional.

La cara de nuestro anfitrión volvió a ponerse seria de repente.

—Pero el estado japonés, a pesar de mostrarse muy agradecido por este pequeño detalle, le cobró 24 millones de

dólares en impuestos en la declaración del año siguiente a la adquisición del cuadro. Como Saito había vendido muchas propiedades y había pedido algunos préstamos para adquirir el Van Gogh, el fisco japonés consideró que todo ese dinero habían sido beneficios para el industrial y por esos beneficios que, en realidad, sirvieron para pagar el cuadro que Saito pensaba regalar al estado, le cobró los 24 millones de dólares de impuestos. Y esto a Saito le sentó muy, muy mal —enfaticó.

Ichiro, de complexión muy delgada como buen japonés, empezaba a mostrar manchas de sudor en la camisa. No pude adivinar si era por el enorme calor de aquella primera semana de agosto en París (aunque en aquella habitación había aire acondicionado) o por la intensidad que para él tenía la historia que nos estaba contando. Creo que era más bien por lo segundo porque parecía realmente afectado.

—El 13 de mayo de 1991 —siguió contándonos Ichiro—, poco después de pagar los 24 millones de dólares en impuestos al estado, varios periódicos de todo el mundo publicaron la noticia: Saito había convocado una rueda de prensa mundial para anunciar que tenía la intención de llevarse a la tumba el *Retrato del doctor Gachet*.

La imagen de la pantalla cambió de nuevo y se vio la portada del *Daily Telegraph* de Londres, en su antigua edición de papel, exhibiendo un gran titular con las declaraciones de Ryohei Saito.

—Según el rito sintoísta japonés, los ataúdes son quemados no solo con el cuerpo del fallecido dentro sino también con multitud de objetos, incluso objetos de lujo y muy valiosos, que la familia introduce para que sean quemados con el muerto en señal de respeto. El señor Saito afirmó que

el Van Gogh sería incinerado con él para librar a sus hijos de la obligación de tener que pagar, cuando él muriera, una segunda fortuna al fisco japonés por los impuestos a las herencias. Está claro que, aunque al final hubiera decidido no quemar el cuadro, había abandonado por completo la idea de donarlo al estado para ponerlo en un museo público. Así de enfadado estaba.

Ichiro, que ya transpiraba abundantemente, se giró de nuevo hacia nosotros.

—Como podéis ver por la portada del *Daily Telegraph*, el mundo entero, que se había enterado el año anterior, 1990, de la importante adquisición del cuadro en la subasta de Christie's, se horrorizó por las declaraciones de Ryohei Saito, pero ni de lejos se horrorizó tanto como nosotros, los propios japoneses. ¿Sabéis por qué? Porque el mundo creyó que era una fanfarronada, palabrería vacía de un multimillonario enfadado, pero los japoneses sabíamos que lo que Saito estaba diciendo no era ninguna fanfarronada. En Japón nadie se tomó a broma sus declaraciones ya que la práctica de la incineración de objetos valiosos con los muertos no solo era una costumbre históricamente arraigada sino que, incluso entonces, en los modernos años noventa, todavía muchísimas personas acomodadas se hacían quemar con sus obras de arte más valiosas: rollos de caligrafía, joyas, pinturas de maestros del *ukiyo-e*, cerámicas... Los japoneses sabíamos que aquellas declaraciones iban muy en serio y que alguien como Saito no iba a cambiar de opinión por mucho que unos días después, ante la escandalizada reacción de Occidente, declarara que solo había querido gastar una broma a las autoridades de la Hacienda tributaria japonesa. El mercado del arte y el

mundo entero respiraron aliviados y olvidaron rápidamente el asunto mientras que en Japón conteníamos el aliento y tratábamos de sobrellevar como podíamos la vergüenza que para nosotros suponía la más que segura destrucción de una monumental pintura de Van Gogh por parte de uno de nuestros compatriotas.

Yo me había quedado helado, sin reacción, ante la magnitud de lo que Ichiro Koga estaba contando. Y también mis compañeros. ¿Cómo se podía destruir una obra de arte como si fuera una fruslería, una baratija sin importancia? Claro que diecisiete años atrás, en 2001, los talibanes habían hecho volar en pedazos los hermosos budas de Bamiyán, en Afganistán, unas estatuas del siglo v en plena Ruta de la Seda. Pero de unos fanáticos mentalmente anclados en la Edad Media podía esperarse cualquier cosa. De un rico industrial papelero del siglo xx era más difícil de creer, por muy japonés que fuera. O precisamente más difícil de creer por ser japonés, ya que siempre asociamos a los japoneses con la bonita ceremonia del té, el arte de la decoración floral, los cerezos en primavera... o el sushi.

—Mi padre, Kentaro Koga —siguió contándonos Ichiro— era, en 1991, el propietario de la principal funeraria de Shizuoka, la prefectura de la que, igual que la familia Saito, somos originarios los Koga. De hecho, mi padre y el señor Saito se conocían desde pequeños. No eran amigos ni nada parecido pero, cuando saltó el escándalo, recuerdo que mi padre me dijo: «Ryoei se quemará con el Van Gogh». Yo tenía entonces diecisiete años y acababa de terminar mis estudios en el instituto. La vergüenza me abrumó, como a todo el mundo en Shizuoka y en Japón. Por aquel entonces mi padre quería

que fuera a la universidad y que estudiara Derecho pero a mí no me apetecía nada la idea, así que terminé el instituto y empecé a trabajar en la funeraria —Ichiro sonrió, muy divertido—. Es un buen trabajo, aunque os cueste creerlo. Y, además, como morir en Japón es muy caro, enormemente caro, los familiares cercanos, los amigos y los invitados al funeral tienen que aportar dinero para ayudar con los gastos. Así que una funeraria es un buen negocio.

Momentos antes, el gerente japonés de la galería Boutique du Père Tanguy había salido de la sala silenciosamente y ahora regresaba con una pequeña botella de agua que entregó a Ichiro con una reverencia. Éste agradeció el detalle de igual manera, quitó el tapón y dio un largo trago de agua antes de seguir con su historia mientras dejaba la botella en una silla vacía.

—En 1990, el año de la subasta de Christie's, el señor Saito, que necesitaba dinero rápidamente para poder comprar el *Retrato del doctor Gachet*, sobornó al gobernador de la provincia de Miyagi para que recalificara como urbanos unos terrenos forestales propiedad de su empresa, Daishowa, que usaba los árboles de la zona en la fabricación de papel. Saito vendió casi todo el terreno recalificado, ahora mucho más valioso, y destinó el dinero a la adquisición del cuadro, quedándose solo con una pequeña parcela donde construyó un campo de golf al que puso por nombre «Vincent».

Sonrió irónicamente y volvió a coger la botella de agua y a dar otro pequeño trago. Esta vez ya no volvió a dejarla en la silla sino que se la quedó.

—En noviembre de 1993, Saito, de setenta y siete años, fue arrestado en su casa de Tokio por el cargo de soborno al

gobernador de Miyagi, encarcelado en la Casa de Detención y despojado de su título de presidente de Daishowa. Fotografías suyas en el momento de la detención por oficiales de la Oficina de Fiscales del Distrito de Tokio se publicaron en todos los periódicos del mundo.

En la pantalla de la pared apareció de pronto el mismo japonés de avanzada edad que antes sonreía orgullosamente siendo sacado ahora de su casa por los mencionados fiscales de Tokio y, luego, en otra imagen, sentado en la parte trasera de un coche de policía con la cabeza hundida entre los hombros, como escondiéndose.

—Un mes después, en diciembre, estaba tan enfermo que tuvo que abandonar la cárcel y ser ingresado en un hospital. Nunca se recuperó. Su compañía, Daishowa, se desplomó en bolsa y quedó al borde de la quiebra. La caída del poderoso Ryoei Saito conmocionó a todo Japón. El nuevo presidente de Daishowa, Shogo Nakano, nombrado apresuradamente, intentó llevar a cabo una reestructuración para evitar el hundimiento, pero separar las propiedades y finanzas de Saito de las propiedades y finanzas de Daishowa no resultaba sencillo y, de hecho, no lo consiguió. Con todo, el escándalo se apagó pronto, sobre todo por respeto al señor Saito, que era ya muy mayor, estaba muy mal de salud y todo el mundo sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida.

Lo que más me llamaba la atención del discurso de Ichiro era la referencia permanente al respeto, al agradecimiento, a las fórmulas de cortesía, al honor y al deshonor, a la vergüenza, a las extrañas tradiciones orientales mezcladas con el industrialismo y la modernidad más occidental. Desde luego, el mundo, siendo ya global y cada vez más pequeño, seguía di-

vidido en zonas culturales que bien podían considerarse como planetas diferentes separados por varios millones de años luz.

Haciendo acopio de fuerza, pues ya llevaba hablando mucho rato, Ichiro volvió a empuñar el mando con decisión y cambió la imagen de la pantalla. De repente vimos un largo cortejo de coches fúnebres muy engalanados avanzando por una desolada carretera. Era otra imagen en blanco y negro sacada de un viejo periódico de papel.

—Ryoei Saito murió el 30 de marzo de 1996 de un ataque fulminante al corazón. Tenía casi ochenta años —con el dedo apuntó hacia el coche principal del cortejo—. El ataúd de Saito iba aquí, en el coche más grande, el que lleva los banderines fúnebres en los costados. Y, por cierto, el conductor de ese coche era yo.

Odette Blondeau soltó una exclamación ahogada.

—La empresa de tu padre se encargó del funeral de Saito... —murmuró pensativa la rubia Gabriella, cruzando las piernas y apoyando el codo sobre la rodilla con un gesto tan natural y encantador que volví a quedarme un poco alelado. Parecía que ella estaba atando cabos, llegando un poco más allá de lo que nos había contado Ichiro hasta entonces.

—En efecto —asintió él—. Mi padre personalmente se encargó de los ritos funerarios, que en Japón son mucho más complicados que en Occidente, y yo le serví de ayudante. El resto de nuestros empleados esperaban junto a nosotros o fuera de la casa del industrial en Shizuoka, en las estribaciones del monte Fuji. Mi padre nos hizo trabajar a todos aquel día. Entre él y yo, aunque él dirigía, llevamos a cabo el ritual de limpieza del cuerpo y nos encargamos de vestirlo, maquillar y perfumarlo, tras lo cual, metimos el cuerpo en el fére-

tro, que dejamos abierto como es la tradición, y nos retiramos para dejar paso a la familia. Estábamos en una sala muy grande, de muchos *tatamis*,* que utilizábamos como *reianshitsu*, es decir... —Ichiro dudó, buscando en su cabeza la forma de traducir aquella palabra al inglés, idioma en el que nos estábamos comunicando—. Significaría algo así como «habitación pacífica para el alma del difunto», y había un gran número de familiares y amigos contemplando en silencio nuestro trabajo. Decoramos también el altar de la ceremonia con flores e incienso y pusimos una gran fotografía del señor Saito junto a los regalos familiares. Cuando terminamos y pedimos a la familia que se acercara para despedirse del fallecido, el primero en hacerlo fue su hijo mayor, Kiminori, al que yo había visto en la televisión muchas veces. Llevaba cuidadosamente en las manos un tubo de cartón con tapas de plástico en los extremos que depositó con delicadeza dentro del ataúd, junto al cuerpo de su padre.

—¿El cuadro de Van Gogh...? —le interrumpió Oliver Roos con gran curiosidad. Aquel tipo, que sin duda era un modelo de belleza masculina, transmitía ingenuidad y bondad por los cuatro costados, sobre todo por cómo miraban sus ojos azules. Parecía sencillamente una buena persona.

Ichiro le sonrió de oreja a oreja.

—¡Por supuesto! —exclamó, echándose a reír—. El cuadro de Van Gogh estaba dentro de aquel tubo. Pero dejadme seguir con la historia hasta el final. Ya no falta mucho —dio

* El tamaño de las habitaciones en Japón se mide por el número de *tatamis* que pueden contener. El *tatami* es una estera tradicionalmente hecha de paja que mide 90 x 180 x 5 centímetros.

unos pasos vacilantes arriba y abajo, por delante de la pantalla, como si no supiera por dónde continuar—. Voy a saltar directamente al momento en el que el cortejo fúnebre se dirige hacia el crematorio de nuestra funeraria en Shizuoka, hasta el momento preciso que recoge esta fotografía —dijo señalando la imagen en blanco y negro de los coches fúnebres—. Yo conducía el vehículo y mi padre iba sentado a mi lado. Detrás estaba el ataúd, ya cerrado y lleno de regalos y objetos valiosos que la familia había depositado durante la despedida. De repente, mi padre, que entonces tenía cuarenta y siete años, solo unos pocos más de los que tengo yo ahora, se dio la vuelta en el asiento y haciendo bastantes acrobacias saltó a la parte posterior del vehículo, que, por suerte, como podéis ver en la fotografía, llevaba los cristales tintados de negro.

Ichiro soltó aire por la boca poco a poco y bajó la cabeza hacia el suelo.

—Me quedé horrorizado. Le pregunté a gritos qué estaba haciendo. Pero él me mandó callar desde la parte de atrás. Moví el espejo retrovisor y vi cómo abría el ataúd de Ryohei Saito, sacaba el tubo de cartón, lo escondía bajo unas mantas de trabajo y volvía a cerrar el féretro. No pude sentir mayor vergüenza ni más ganas de morirme en aquel mismo momento. Cuando mi padre regresó al asiento no podía mirarle a la cara. Jamás, nunca, bajo ningún concepto, hubiera sospechado que mi padre fuera capaz de humillar el honor de nuestra familia de aquella manera. El miedo hacía que me temblara todo el cuerpo pero mi padre ni me miró. Sólo dijo: «Tenía que salvar el Van Gogh», y ya no volvió a abrir la boca en varios días. Después, se hundió en la depresión y en la vergüenza. No se atrevía ni a mirar a mi madre,

que nos observaba a los dos con profunda preocupación. El tubo de cartón permanecía, bajo llave, en un armario de su despacho. Ryoei Saito fue quemado, sí, incinerado, reducido a cenizas y entregado a su familia, pero su Van Gogh estaba en nuestra casa y no tenía ni idea de lo que mi padre pensaba hacer con él.

Guardó silencio un momento y, luego, dijo:

—Fueron días difíciles. Creo que no salí del templo al que pertenecía nuestra familia ni para dormir. Todo lo que quería, con desesperación, era que el *kami* de Saito, su espíritu, perdonara a mi padre. Pero mi padre se iba consumiendo día tras día ante los atemorizados ojos de mi madre y los míos. Su culpa sería eterna y su vergüenza también, y él lo sabía. Había ofendido al espíritu de Saito y a su familia y había ensuciado para siempre su honor y el honor de la nuestra.

—¿Por qué no entregasteis en secreto el cuadro a las autoridades? —quiso saber Oliver. Por su parte, Morris, el americano, soltó un bufido de desprecio, como diciendo que lo último que él haría sería entregar el cuadro a las autoridades.

—Porque no podíamos —le aclaró Ichiro—. Según me dijo mi padre el día que, por fin, hablamos de todo este asunto, si devolvíamos el cuadro a la familia Saito, aunque fuera en secreto, ellos se verían obligados a quemarlo igualmente como ofrenda para el muerto, para evitar su venganza desde el mundo de los espíritus y, además, no les costaría mucho deducir cómo había podido salir la obra del ataúd de su familiar. Tampoco podíamos entregarlo a las autoridades japonesas porque no solo no eran las propietarias del cuadro sino que, además, habían sido las causantes, en buena medida, del desastroso final de Saito. ¡Mi padre temblaba ante la ven-

ganza del espíritu de Ryoei si se lo entregábamos a las autoridades!

Qué complicados eran los japoneses, pensé. Mundo de los espíritus, venganza de los muertos desde el más allá... Lo dicho, planetas separados por millones de años luz.

En ese momento, Ichiro se echó a reír de nuevo y nos miró.

—Ya sé que todo esto os suena muy raro a vosotros, los occidentales, pero intentad comprenderlo y, si no podéis, aceptadlo sin más. De todas formas, nuestros problemas morales y espirituales duraron poco tiempo.

La fotografía del cortejo fúnebre desapareció y, en su lugar, apareció el lienzo del *Retrato del doctor Gachet* extendido sobre el suelo de madera de algún lugar con una hoja de papel llena de caracteres japoneses y una pequeña lámina del tamaño de un folio en la que se veía (mal) otro cuadro de Van Gogh con un hombre sentado, como posando para una fotografía, con sombrero y chaquetón.

—Esto fue lo que encontramos cuando abrimos el tubo de cartón y sacamos su contenido.

Se hizo un extraño silencio en la sala. Yo miraba la imagen atentamente porque había algo que llamaba mi atención aunque, así, de pronto, no era capaz de apreciar de qué se trataba. Después de fijarme mucho me di cuenta de un detalle: los botones del chaquetón que vestía el doctor Gachet no eran de color verde lima sino amarillos y el rojo carmín del mantel de la mesa se había convertido en un naranja azafranado parecido al color del pelo del propio doctor Gachet.

—¡Era una falsificación! —exclamé sin poder contenerme.

Ichiro me miró muy satisfecho y asintió.

—Así es, Hubert. Se trataba de una falsificación. Pero lo más importante de todo era la carta que acompañaba a la falsificación. Como ninguno sabéis japonés, la he traducido.

Del bolsillo trasero de su pantalón sacó reverencialmente un cuadrado de papel que desplegó con meticulosidad oriental y, tras beber un nuevo sorbo de agua, empezó a leer:

«Honorables magistrados de Tokio y honorables autoridades fiscales de Japón, si están leyendo esta carta será porque han conseguido impedir, seguramente por la fuerza, que el *Retrato del doctor Gachet* de Vincent Van Gogh haya ardidado con mis restos como era mi deseo. Qué desilusión se habrán llevado al descubrir que no es el verdadero cuadro de Van Gogh. Me estoy riendo de ustedes desde la tumba. Han destrozado mi vida, han provocado mi enfermedad y mi muerte y, ahora, creían que podrían impedir que se cumpliera mi última voluntad. Nunca tuve la intención de quemar el cuadro, solo quería tenerles aquí, donde les tengo ahora, leyendo mi carta. Juré que mis hijos no pagarían los vergonzosos impuestos que aplican ustedes a las herencias y, créanme, lo voy a conseguir. Es decir, que yo gano. ¿Quieren el cuadro? Si lo encuentran es suyo. He gastado un tiempo precioso de mis últimos años de vida organizando un juego para que ustedes se diviertan mientras buscan mi Van Gogh. Examinen con atención la pequeña lámina impresa con el *Retrato de Père Tanguy*, pintado por Vincent en París en 1887. El original se encuentra en el museo Rodin, por si quieren estudiarlo con más atención. Vayan a París. Allí empieza el juego. Suerte. Su enemigo desde el mundo de los espíritus, Ryohei Saito».

Conocía el *Retrato de Père Tanguy*, lo había visto varias veces en el museo Rodin de París, en una sala de paredes blancas del primer piso, colgando solitario entre dos puertas con desagradables luces verdes en la parte superior. Siempre había sido, para mí, el fantástico retrato de alguien anónimo. Ahora la cosa cambiaba un poco porque, en ese momento, aquel grupo de desconocidos y yo nos encontrábamos en una galería de arte de París llamada Boutique du Père Tanguy. Las imágenes empezaban a tomar cuerpo y, en realidad, estaba claro que el juego empezaba allí.

